



REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 5.^a — AÑO XIII. — TOMO XI.

NÚMERO 20. — Madrid 15 de Julio de 1888.

NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CENTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	4 ptas.
Seis meses.....	7,50 "
Un año.....	15 "
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 "

PROPIEDAD

DEL ASILO DE HUERFANOS DEL S. C. DE JESÚS

Director: D. FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA

CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 l.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 ps. f.
Un año.....	5 "

SUMARIO

Texto.

La década, Tordesillas. — *De la libertad humana*, Enciclica de León Papa XIII. — *San Vicente de Paul*, A. V. P. — *Toledo*, Juan de Dios Peza. — *La poesía de la mujer*, Cecilia G. de Ibañez. — *El mejor número*, Juan Tomás Salvany. — *La vida*. — *Asociaciones benéficas*. — *Crónica*. — *Notas sueltas*.

Grabados.

ESTATUA DEL RDO. ARZOBISPO ARMANYÁ, por Manuel Fuxá. — La estatua del Arzobispo y Dr. Fray Francisco Armanyá y Font fue inaugurada el año último en Vilanova (Barcelona), población que tiene la dicha de contar entre sus hijos al ilustre Prelado, elevado desde la humilde cuna del pescador a una de las más altas dignidades de la Iglesia. Tributo consagrado a la fe y saber del antiguo Prior del Convento de Agustinos de Barcelona, que ocupó luego las sillas episcopales de Lugo y Tarragona, es la erección de esa estatua, debida al reputado escultor catalán D. Manuel Fuxá, quien ha reproducido en piedra las primeras figuras de su país, y que, como en otro lugar decimos, ha sido elegido, en certamen reciente, para esculpir la estatua de Jovellanos.

LA MUJER DEL PESCADOR, cuadro de Butin. — Obra que revela todo el vigor y expresión del artista. Pinta la valerosa mujer del mar; la madre de familia que, en ausencia del marido, transporta de un lado a otro del golfo, las verduras y vituallas de que hace comercio, llevando a bordo de la barca sus pequeños hijos. El tipo varonil está tratado con suma verdad y da idea exacta del original.

PESCADORAS, cuadro de Beyle. — Dos figuras interesantes, poéticamente trasladadas del natural. La composición es original, correcto el dibujo; el cuadro está en carácter. Es de los más acabados que ha producido el fácil pincel de Beyle. Las pescadoras de ostras, en actitud de observación, están perfectamente observadas por el artista.

EXTERIOR DE LA CATEDRAL DE TORTOSA, por P. M. Bertrán. — Varios trozos arqueológicos hemos dado ya, debidos al lápiz seguro y práctico del Sr. Bertrán. La catedral de Tortosa es de los más bellos, dándonos a conocer un edificio importante y siempre admirado por el viajero, en el que existen recuerdos y detalles artísticos, tales como la capilla de Santa Cinta, construida de ricos mármoles de colores.

LA DÉCADA



El crimen! Toda la magnitud, repulsión y odiosidad del que ahora se investiga y comenta han sido menester para que bostece algo, como quien despierta de pesado sueño, la abstraída ó inerte sociedad madrileña, apellidada la buena. Lances ordinarios de simples asesinatos, suicidios, etc., etc., sabido es que no pasan de la epidermis. El horrendo suceso de la calle de Fuencarral ha fijado la atención, si no la curiosidad, y mucho más cuando viene acompañado de otros no menos horribles, en Valencia, Málaga, Zaragoza y San Sebastián. Es decir, que el «no matarás» del quinto mandamiento de la Ley de Dios, rara vez se ha infringido con la prodigalidad que en el momento presente. Un policiaco extranjero, accidentalmente en Madrid, y que ha dado opinión sobre el crimen de estos días, habla con cierto desdén de nuestro aprendizaje en el arte y los ardidés de preparar el exterminio humano; afortunadamente, no se nos considera dignos émulo de los delinquentes de otros países. Es verdad; pero no puede pasar inadvertido que al crimen trágico, arriesgado, de los célebres bandidos de Sierra-Morena, que á pecho descubierto exponían la vida,



ESTATUA DEL REVERENDO ARZOBISPO ARMANYÁ,
POR MANUEL FUXÁ.

sucede el drama sombrío, meditado, concebido con el cálculo y la previsión bastantes á borrar sus huellas. Antes dependía todo del valor y la ferocidad: ahora de la preparación y la sangre fría. Antes el salteador vencía ó quedaba muerto en el campo; ahora el asesino se desliza en las tinieblas, evade el castigo de la ley, permanece ignorado, y ¡quién sabe si alternará en sociedad y nos dará la mano! ¿Quién sabe á punto fijo dónde están los asesinos de Prim, los de los niños sacrificados en el Canal, los del periodista García Vao? La justicia no ha podido averiguarlo todavía; están, por tanto, impunes estos delitos.

* *

Las circunstancias que rodean la muerte de la infeliz Sra. de Varela justifican la impaciencia, la intemperancia de juicio, la falta de buen sentido en la conjetura, la indignación que rebosan los labios y el lujo de hipótesis acumuladas en el diálogo de la novela jurídica diariamente improvisada. Pero entre tanto capricho fantástico, noticias deductivas; entre tanto vagar, resaltan notas de buen sentido, que abultan la enormidad del delito; se trasluce algo de tanta gravedad como el crimen mismo; algo que más que á la personalidad de un malvado, afecta á otros intereses, aunque esto pueda ser también fruto de la malicia del vulgo. ¿Quién sabe lo que pasó? ¿Quién sabe lo que pasa? ¡Se han escrito tantos folios en el juzgado! ¡Tantas columnas se han llenado, y no sin fruto, en la prensa! ¡Se habrá dicho tanto de memoria ó á sabiendas.....! Mejor es esperar.

* *

Divagando y fraseando, por lo que se teme, piensa y dice, cabe suponer que un joven, heredero de un título y acreditado de mal hijo, estando preso por el delito de hurto, salva la clausura, va á su casa, mata á su madre y prende fuego al cadáver. El sentido moral, el sentimiento humano, al oír este abominable relato, exclama: «No puede ser;» pero la conciencia pública, vistos los antecedentes, duda. Y entre el cúmulo y diversidad de opiniones sobre el hecho; entre el prurito de abarcar y decirlo todo; en ese fárrago que aporta á sus columnas el noticiarismo, el efectismo, mientras algún juicio suaviza las negras tintas que denuncian al supuesto criminal, no falta quien revuelva el pasado de la madre muerta para agraviarla y deshonorarla, como si esto fuera indispensable para aumentar el interés del lector y un par de columnas más.

* *

Vivíamos en el más dulce y feliz de los optimismos, repitiendo á toda hora nuestro característico *¡y qué!* Todo iba bien, menos la política, que absorbe nuestros sentidos y potencias; menos la cuestión personal, que es el problema nacional. De repente viene una sacudida satánica, mejor dicho, un aviso, sin duda de arriba; el delito nos aterra; volvemos la vista á la ley penal, á la ley moral, é investigando las causas de nuestro rebajamiento, queremos corregirlas de golpe. La opinión más despreocupada y tranquila en los goces sociales, reconoce que estos males y otros muchos provienen del relajamiento de las costumbres, del vicio, de la *flamencomanía*, de los excesos de la gente de la hampa y del bronce. Quién, que mucha parte de esta perturbación social viene del obrero que abandona el trabajo, del señorito que consume su patrimonio alternando con el timador, de donde sale el jugador y el suicida. Otros señalan como causa determinante, la desmedida afición á los toros y el prestigio que se da á los toreros; el exceso en gastar lo que no se tiene; los placeres, las diversiones, y, en fin, el ejemplo de arriba: y este ejemplo—pasmense ustedes—es el de las señoras que gastan man-

tilla y peineta: de donde se deduce que nacen las aficiones flamencas de chulas y mujeres de rompe y rasga, y por ende, el delito que aumenta el contingente de la cárcel. En fin, cada cual tira por su lado, para poner el dedo en esta llaga incurable, tal vez de tanto dejarla crecer y medrar. Pues menos de lo que se aduce y más de lo que se calla, creo yo que hay que decir á propósito del morbo que ataca á la sociedad. Y lo primero es, efectivamente, la ociosidad, la holganza, no del obrero, sino de las clases que viven del llamado negocio, de la junta, de la tertulia; que como todos vemos, pasan la vida en el café ó en sus antecámaras de la Puerta del Sol, ó de noche en cualquier Casino. De los que viven de *sus rentas*, que son el trabajo ajeno; de los que gastan coche por quincenas, y por quincenas asaltan en la calle al amigo transeunte; de ese flotante mar de españoles madrileños, sin oficio conocido, dignos de las antiguas levas de vagos y sospechosos. Tras de la ociosidad el vicio, el juego, la cantina, la briba, el ansia de adquirir para gozar más y más; la prostitución en la mujer, salida del servicio ó del taller con aires de gran señora y apego al lujo, y como corolario, el crimen fraguado en la connivencia de las malas compañías.

* *

Estamos apestados de *taurismo*, ya lo sé. Tiempo ha decía yo que el espectáculo de los toros debilita los sentimientos, embota el alma, relaja el principio de autoridad. Ahora añado que lo mejor de las corridas es dejarlas que se extingan por sí solas, como á la postre sucederá. El ejemplo que viene de arriba es grandemente funesto; pero no consiste en la peineta, sino en otras causas, entre ellas la pluma, el libro crudo é incitante que libremente anda en manos de todos; el que admite como lícito el juego: la escena truhanesca que entretiene minando los nobles instintos: la novela traducida ó asimilada, que pervierte y escandaliza: el reclamo que por dinero llama á la gente al Casino de Spa, Mónaco ó Montecarlo, simas de la fortuna, la honra y la vida: el periódico, que transige con todo y adula tipos tan despreciables como el *rata*, á quien convierte en héroe; la sátira, que va sirviendo en tomas, pildorillas, veneno disfrazado de ingenio, en que resulta el vicio mantenido, halagado: simpático lo reprochable y en caricatura lo fundamental y digno de sostén y respeto, como la religión, la fe y las honradas creencias del pueblo. Es decir, si no el Estado, valerosamente combatido por Augusto Nicolás, el hogar, la familia, la sociedad sin Dios. De esto, de esto nacen principalmente los excesos, el desenfreno, la culpa y los estragos del mal. La falta de cultura que sólo vive á expensas de la educación cristiana. Estos son los caminos que conducen al crimen.

* *

Nieva por el Norte; la sierra nos envía sus auras pronunciadas, pero la gente se va; pues aun cuando el calor no ha llegado, sí llegó la época del calor. Dos ó tres mil viajeros dicen que nos abandonan diariamente, huyendo tal vez de impresiones poco gratas, ó en busca de ese don inapreciable que se llama salud. Pero las señoras de..... que iban á la frontera, detenidas, porque en Hendaya hay sarampión, y los señores de..... que iban á Galicia detenidos por las poco gratas noticias sanitarias. Preferible es quedarse: convertirse en vulgo como aquella aristocrática dama que viaja de memoria en su gabinete ó su jardín, haciendo pública su resolución de renunciar á las salidas de verano, que sin duda considera salidas de pie de banco; ó como otros seres más escrupulosos y atentos al decoro de clase—media se entiende—que echan las persianas desde Julio á Septiembre y no salen de casa para que el

mundo no advierta que se quedaron. Eso de quedarse, ya se sabe que es achaque del invierno.

* *

El Teatro Español no se hunde ni se derriba. Resucita al golpe mágico de la piqueta antidemoleadora. Tenemos arte.

Valero, el grande actor, se ha hecho en América Director de una Compañía de Zarzuela.

Sin duda quiere despedirse de España, que le dejó ir, como el cisne, cantando.

Fordesillas

DE LA LIBERTAD HUMANA

Á LOS VENERABLES HERMANOS
PATRIARCAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS Y OBISPOS
DE TODO EL ORBE CATÓLICO
EN GRACIA Y COMUNIÓN CON LA SEDE APOSTÓLICA

LEÓN PAPA XIII

VENERABLES HERMANOS

SALUD Y BENDICIÓN APOSTÓLICA



La libertad, bien aventajadísimo de la naturaleza y propio únicamente de los que gozan de inteligencia ó razón, da al hombre la dignidad de estar en manos de su propio consejo y tener la potestad de sus acciones; pero interesa en gran manera el modo con que se ha de ejercer semejante dignidad, porque del uso de la libertad se originan, así como bienes sumos, males también sumos. En mano del hombre está, en efecto, obedecer á la razón, seguir el bien moral, tender derechamente á su último fin; pero igualmente puede inclinarse á todo lo demás, y yendo tras apariencias engañosas de bien, perturbar el orden debido y correr á su perdición voluntaria. Jesucristo, libertador del linaje humano, restituyendo y aumentando la antigua dignidad de la naturaleza, ayudó muchísimo á la misma voluntad humana, y añadiéndole de una parte los auxilios de su gracia, y proponiéndole por otra la felicidad sempiterna en los cielos, la elevó á cosas mejores. De semejante modo la Iglesia, porque oficio suyo es propagar por toda la duración de los siglos los beneficios que por Jesucristo adquirimos, ha merecido bien y merecerá bien siempre de don tan excelente de la naturaleza. A pesar de esto, se encuentran no pocos que piensan ser la Iglesia obstáculo para la libertad del hombre; y la causa de que así piensen está en el perverso y del todo invertido juicio que forman de la libertad. Porque, ó la adulteran en su noción misma, ó con la opinión que de ella tienen la dilatan más de lo justo, pretendiendo que alcanza á gran número de cosas, en las cuales, si se ha de juzgar rectamente, no puede ser libre el hombre.

Otras veces, y singularmente en las letras encíclicas *Immortale Dei*, Nós hemos hablado de las llamadas *libertades modernas*, separando lo que en ellas hay de honesto de lo que no lo es, y demostrando al mismo tiempo que cuanto hay de bueno en estas libertades es tan antiguo como la verdad misma, y siempre lo aprobó la Iglesia muy de buen grado, y lo tienen y hace uso de ello; mas, á decir verdad, lo que se ha añadido de nuevo es cierta parte corrompida que han engendrado las turbulencias de los tiempos y el prurito demasiado de cosas nuevas. Pero como hay muchos pertinaces en la opinión de que estas libertades, aun en lo que tienen de vicioso, son el mayor ornamento de nuestro siglo y las juz-

gan fundamento necesario para construir las naciones, hasta el punto de negar que sin ellas pueda concebirse gobierno perfecto de los Estados. Nos ha parecido, proponiéndonos la pública utilidad, tratar con particularidad de este asunto.

De lo que aquí tratamos directamente es de la libertad moral, ya se la considere en cada uno de los hombres, ya en la comunidad de ellos; pero conviene al principio decir brevemente algo de la libertad natural, porque aun cuando del todo se distingue de la moral, es, sin embargo, fuente y principio de donde nacen, por virtud propia y espontáneamente, todas las libertades. El juicio de todos y el sentido común, que es voz certísima de la naturaleza, solamente en los que son capaces de inteligencia ó de razón reconoce esta libertad, y en ella está la causa de ser tenido el hombre por verdadero autor de cuanto ejecuta. Y con razón, en efecto, porque cuando los demás animales se dejan llevar sólo de sus sentidos, y sólo por el impulso de la naturaleza buscan diligentísimamente lo que les aprovecha, y huyen de sus contrarios, el hombre tiene por guía á la razón en cada una de las acciones de su vida. Pero la razón juzga, que de cuantos bienes hay sobre la tierra todos y cada uno pueden ser, y pueden igualmente no ser, y juzgando, por lo mismo, que ninguno de ellos se ha de tomar necesariamente, da poder y opción á la voluntad para elegir lo que quiera. Ahora bien: el hombre puede juzgar de la contingencia, como la llaman, de estos bienes que decíamos, á causa de tener un alma por naturaleza simple, espiritual, capaz de pensar, la cual, pues ésta es su naturaleza, no trae su origen de las cosas corpóreas ni depende de ellas en su conservación, antes creada por Dios sin intermedio alguno, y traspassando á larga distancia la condición común de los cuerpos, tiene un modo de vivir propio suyo y un modo no menos propio de obrar, con lo cual, abarcando con el juicio las razones inmutables y necesarias de lo bueno y lo verdadero, conoce con evidencia no ser en manera alguna necesarios aquellos bienes particulares. Y así, cuando se establece que el alma del hombre está libre de toda composición perecedera y goza de la facultad de pensar, juntamente se constituye con toda firmeza en su propio fundamento la libertad natural.

Ahora bien: así como nadie ha hablado de la simplicidad, espiritualidad é inmortalidad del alma humana tan altamente como la Iglesia Católica, ni la ha asentado con mayor constancia, así también ha sucedido con la libertad; siempre ha enseñado la Iglesia una y otra cosa, y las defiende como dogma de fe; y no contenta con esto, tomó el patrocinio de la libertad enfrente de los herejes y fautores de novedades que la contradecían, y libró de la ruina á este bien tan grande del hombre. Bien atestiguan los monumentos escritos con cuánta energía rechazó los conatos frenéticos de los Maniqueos y de otros; y en tiempos más cercanos, nadie ignora el grande empeño y fuerza con que, ya en el Concilio Tridentino, ya después contra los sectarios de Jansenio, luchó en defensa del libre albedrío del hombre, sin permitir que el fatalismo se arraigara en tiempo ni en lugar alguno.

La libertad, pues, es propia, como hemos dicho, de los que participan de inteligencia ó razón, y mirada en sí misma no es otra cosa sino la facultad de elegir lo conveniente á nuestro propósito, ya que sólo es señor de sus actos el que tiene facultad de elegir una cosa entre muchas. Ahora bien: como todo lo que se adopta con el fin de alcanzar alguna cosa tiene razón del bien que llamamos útil y éste es por naturaleza acomodado para mover propiamente el apetito, por eso el libre albedrío es propio de la voluntad, ó mejor, es la voluntad misma en cuanto tiene al obrar la facultad de elección. Pero de ningún modo se mueve la voluntad si no va delante

iluminando, á manera de antorcha, el conocimiento intelectual; es decir, que el bien apetecido por la voluntad es el bien precisamente en cuanto conocido por la razón. Tanto más, cuanto en todos los actos de nuestra voluntad siempre antecede á la elección el juicio acerca de la verdad de los bienes propuestos y de cuál ha de anteponerse á los otros; y ningún hombre juicioso duda de que el juzgar es propio de la razón y no de la voluntad. Si la libertad, pues, reside en la voluntad, que es por naturaleza un apetito obediente á la razón, síguese que la libertad misma ha de versar, lo mismo que la voluntad, acerca del bien conforme con la razón. Con todo, puesto que una y otra facultad distan de ser perfectas, puede suceder, y sucede en efecto muchas veces, que el entendimiento propone á la voluntad lo que en realidad no es bueno, pero tiene vanas apariencias de bien, y á ello se aplica la voluntad. Pero así como el poder errar y el errar de hecho es vicio que arguye un entendimiento no del todo perfecto, así el abrazar un bien engañoso y fingido, por más que sea indicio de libre albedrío, como la enfermedad es indicio de vida, es, sin embargo, un defecto de la libertad. Así también la voluntad, por lo mismo que depende de la razón, siempre que apetece algo que de la recta razón se aparta, inficiona en sus fundamentos viciosamente la libertad y usa de ella perversamente. Y esta es la causa por que Dios, infinitamente perfecto, el cual por ser sumamente inteligente y la bondad por esencia es sumamente libre, en ninguna manera puede querer el mal de culpa, como ni tampoco pueden los bienaventurados del cielo, á causa de la contemplación del bien sumo. Sabiamente advertían contra los Pelagianos San Agustín y otros que, si el poder declinar de lo bueno fuese según la naturaleza y perfección de la libertad, entonces Dios, Jesucristo, los ángeles, los bienaventurados, en todos los cuales no se da semejante poder, ó no serían libres, ó lo serían con menor perfección que el hombre viador é imperfecto. Acerca de esto tiene el Doctor angélico largas y repetidas disertaciones, de donde se puede deducir y concluir que el poder pecar no es libertad, sino servidumbre. Sobre las palabras de Cristo, Señor nuestro, «*qui facit peccatum servus est peccati*», el que hace el pecado es siervo del pecado¹, dice sutilísimamente: *cada cosa es aquello que según su naturaleza le conviene; por donde, cuando se mueve por cosa extraña, no obra según su propia naturaleza, sino por ajeno impulso, y esto es servil. Pero el hombre es racional por naturaleza. Cuando, pues, se mueve según razón, lo hace de propio movimiento y obra como quien es, cosa propia de la libertad; pero cuando peca, obra fuera de razón, y entonces se mueve como por impulso de otro, sujeto en confines ajenos; y por esto «el que hace el pecado es siervo del pecado»*. Con claridad bastante vió esto la filosofía de los antiguos, singularmente los que enseñaban que sólo era libre el sabio; y es cosa averiguada que llamaban sabio á aquel cuyo modo de vivir era según naturaleza, esto es, honesto y virtuoso.

Y puesto que la libertad es en el hombre de tal condición, pedía ser fortificada con defensas y auxilios á propósito para dirigir al bien todos sus movimientos y apartarlos del mal; de otro modo hubiera sido gravemente dañoso al hombre el libre albedrío. Y en primer lugar fué necesaria la ley, esto es, una norma de lo que había de hacerse y omitirse, la cual no puede darse propiamente en los animales, que obran forzados de la necesidad, como que todo lo hacen por instinto, ni de sí mismos pueden obrar de otro modo alguno. Mientras que los que gozan de libertad, en tanto pueden hacer ó no hacer, obrar de un modo ó de otro, en cuanto ha prece-

dido, al elegir lo que quieren, aquel juicio que decíamos de la razón, por medio del cual no sólo se establece qué es por naturaleza honesto, qué torpe, sino además qué es bueno y en realidad debe hacerse, qué malo y en realidad evitarse; es decir, que la razón prescribe á la voluntad á dónde debe tender y de qué debe apartarse para que el hombre pueda alcanzar su último fin, por cuya causa ha de hacerse todo. Esta ordenación de la razón es lo que se llama ley, por lo cual la razón de ser necesaria al hombre la ley ha de buscarse primera y radicalmente en el mismo libre albedrío, para que nuestras voluntades no discrepen de la recta razón. Y no podría decirse ni pensarse mayor ni más perverso contrasentido que el pretender exceptuar de la ley al hombre, porque es de naturaleza libre; y si así fuera, seguiríase que es necesario para la libertad el no ajustarse á la razón, cuando, al contrario, es certísimo que el hombre, precisamente porque es libre, ha de estar sujeto á la ley, la cual queda así constituida guía del hombre en el obrar, moviéndole á obrar bien con el aliciente del premio y alejándole del pecado con el terror del castigo. Tal es la ley natural, primera entre todas, la cual está escrita y grabada en la mente de cada uno de los hombres, por ser la misma razón humana mandando obrar bien y vedando pecar. Pero esos mandatos de la humana razón no pueden tener fuerza de ley sino por ser voz é intérprete de otra razón más alta á que deben estar sometidos nuestro entendimiento y nuestra libertad. Como que la fuerza de la ley, que está en imponer obligaciones y adjudicar derechos, se apoya del todo en la autoridad, esto es, en la potestad verdadera de establecer deberes, y conceder derechos, y dar sanción, además, con premios y castigos, á lo ordenado; y es claro que nada de esto habría en el hombre, si se diera á sí mismo norma para las propias acciones, como sumo legislador. Síguese, pues, que la ley natural es la misma ley eterna, ingénita en las criaturas racionales, inclinándolas á las obras y fin debidos, como razón eterna que es de Dios, Criador y Gobernador del mundo universo. A esta regla de nuestras acciones y freno del pecar se han juntado, por beneficio de Dios, ciertos auxilios singulares y aptísimos para regir la voluntad y robustecerla. El principal y más excelente de todos ellos es la virtud de la divina gracia, la cual, ilustrando al entendimiento é impeliendo al bien moral á la voluntad, robustecida con saludable constancia, hace más expedito y juntamente más seguro el ejercicio de la libertad nativa. Y está muy lejos de la verdad el que los movimientos voluntarios sean, a causa de esta intervención de Dios, menos libres; porque la fuerza de la gracia divina es íntima en el hombre y congruente con la propensión natural, porque dimana del mismo autor de nuestro entendimiento y de nuestra voluntad, el cual mueve todas las cosas según conviene á la naturaleza de cada una. Antes bien, como advierte el Doctor Angélico, la gracia divina, por lo mismo que procede del Hacedor de la naturaleza, está creada y acomodada admirablemente para proteger cualesquiera naturalezas y conservarles sus inclinaciones, su fuerza, su facultad de obrar.

Y lo dicho de la libertad en cada individuo, fácilmente se aplica á los hombres unidos en sociedad civil; pues lo que en los primeros hace la razón y ley natural, eso mismo hace en los asociados la ley humana, promulgada para el bien común de los ciudadanos. De estas leyes humanas hay algunas cuyo objeto es lo que de su naturaleza es bueno ó malo, y ordenan, con la sanción debida, seguir lo uno y huir de lo otro; pero este género de decretos no tienen su principio de la sociedad humana, porque ésta, así como no engendró á la naturaleza humana, tampoco crea el bien que le es conveniente, ni el mal que se le opone, sino más bien son ante-

¹ Joann., VIII, 34.

riores á la misma sociedad, y proceden enteramente de la ley natural, y, por tanto, de la ley eterna. Así que los preceptos de derecho natural, comprendidos en las leyes humanas, no tienen fuerza tan sólo de éstas, sino principalmente comprenden aquel imperio, mucho más alto y augusto, que proviene de la misma ley natural y de la eterna. En semejantes leyes apenas queda al legislador otro oficio que el de hacerlas cumplir á los ciudadanos, organizando la administración pública de manera que, contenidos los perversos y viciosos, ó abracen lo que es justo, apartados del mal por el temor, ó, á lo menos, no sirvan de ofensión y daño á la sociedad. Otras ordenaciones hay de la potestad civil, que no dimanen del derecho natural inmediata y próximamente, sino remotamente y por modo indirecto, y ordenan varias cosas, á las cuales no ha provisto la naturaleza sino de un modo general y vago. Por ejemplo, manda la naturaleza que los ciudadanos ayuden á la tranquilidad y prosperidad del Estado; pero hasta qué punto, de qué modo y en qué cosas, no es el derecho natural, sino la sabiduría humana, quien lo determina; y en estas reglas peculiares de la vida, ordenadas prudentemente y propuestas por la legítima potestad, es en donde se contiene propiamente la ley humana. La cual manda á los ciudadanos conspirar al fin que la comunidad se propone, y les prohíbe apartarse de él, y mientras sigue sumisa y se conforma con las prescripciones de la naturaleza, se guía para lo bueno y aparta de lo malo. Por donde se ve que la libertad, no sólo de los particulares, sino de la comunidad y sociedad humana, no tiene absolutamente otra norma y regla que la ley eterna de Dios; y, si ha de tener nombre verdadero de libertad en la sociedad misma, no ha de consistir en hacer lo que á cada uno se le antoja, de donde resultaría grandísima confusión y turbulencias, opresoras al cabo de la sociedad; sino en que, por medio de las leyes civiles, pueda cada uno fácilmente vivir según los mandamientos de la ley eterna. Y la libertad, en los que gobiernan, no está en que puedan mandar temeraria y antojadizamente, cosa no menos perversa que dañosa en sumo grado á la sociedad, antes toda la fuerza de las leyes humanas ha de estar en que se las vea dimanar de la eterna, y no sancionar cosa alguna que no se contenga en ésta como en principio universal de todo derecho.

Sapientísimamente dijo San Agustín: *Creo, al mismo tiempo, que tú conoces no hallarse en aquella (ley) temporal nada justo y legítimo que no lo hayan tomado los hombres de esta (ley) eterna.* De modo que, si por cualquiera autoridad se estableciera algo que se aparte de la recta razón y sea pernicioso á la sociedad, ninguna fuerza de ley tendría, puesto que no sería norma de justicia, y apartaría á los hombres del bien para que está ordenada la sociedad.

Resulta de todo lo dicho, que la naturaleza de la libertad, de cualquier modo que se la mire, ya en los particulares, ya en la comunidad, y no menos en los imperantes que en los súbditos, incluye la necesidad de someterse á una razón suma y eterna, que no es otra sino la autoridad de Dios que manda y que veda; y tan lejos está este justísimo señorío de Dios en los hombres, de quitar, ó mermar siquiera la libertad, que antes bien la defiende y perfecciona; como que el dirigirse á su propio fin y alcanzarle es perfección verdadera de toda naturaleza; y el fin supremo á que debe aspirar la libertad del hombre no es otro que Dios mismo.

(Continuará.)

1 S. Aug., *De lib. arb.*, l. I, c. 6, núm. 15.

SAN VICENTE DE PAUL

(19 DE JULIO)

I



NACIÓ en 1576 en la aldea de Pouy, situada en las Landas; comenzó sus estudios hacia el año 1588 con los Padres franciscanos de Dax, y fué promovido al sacerdocio en 1600, en que dan principio sesenta años de su sacerdocio apostólico. Fué nombrado Cura párroco de Tilh; pero renunció el curato por evitar litigio con un competidor, y formó una pequeña casa-pensión en Tolosa, donde se recibió de bachiller en Teología, después de otros cuatro años de estudios en esta Facultad. Viajando de Marsella á Narbona en Julio de 1605, cayó en poder de los piratas tunecinos, convirtió á un renegado, que fué su tercer amo, volvió con él á Francia después de un año de esclavitud, y fué á Roma, donde permaneció hasta fin de 1608, enterneciéndose hasta derramar lágrimas al verse en aquella ciudad, señora del orbe cristiano y residencia del Jefe de la Iglesia militante. Volvió á Francia con un mensaje secreto del Cardenal Ossatt para Enrique IV; y después de algunos meses de permanencia en París se retiró al Oratorio, dirigido por el P. Berulle; pero sin unirse á su comunidad. En 1610 ó 1611, huyendo de las elevadas posiciones que la corte le proponía, se apresuró á aceptar el modesto curato de la aldea de Clichy, donde desplegó su celo con tal éxito, que un predicador de su tiempo decía: *Ir á predicar ahora á Clichy es como llevar luz al sol.*

En 1613 Mr. de Berulle decidió á Vicente á que aceptase el cargo de preceptor de los hijos de Mr. Gondi, general de las galeras; lo cual sirvió para que el santo Sacerdote inaugurase el ministerio de las misiones, ejercitándolo en los numerosos vasallos de este gran señor. Cuatro años después salió de esta casa para servir el curato de Chatillon, en Borgoña; allí convirtió muchos herejes, é instituyó la cofradía de la Caridad para los pobres enfermos. Su permanencia en el curato fué corta; volvió de nuevo á la casa de Gondi; reanudó con ardor sus misiones en el campo; empezó á ocuparse de los galeotes, y recibió de San Francisco de Sales el cargo de director de las religiosas de la Visitación en París. En 1624, y de edad de 48 años, planteó, en el colegio de Bons-Enfants, los cimientos de la congregación de la misión, que fué aprobada por el Arzobispo de París en 1626, y por Luis XIII en 1627. Seis años después, el 8 de Enero de 1632, la Congregación estaba ya establecida en San Lázaro; y al año siguiente, 1633, instituyó la Compañía de las Hijas de la Caridad.

Secundado el Santo por los Sacerdotes de la Misión y las Hijas de la Caridad, dirigía multitud de obras, como los retiros de San Lázaro, las misiones en el interior y en el exterior, en Irlanda, en las Hébridas, en Polonia, en Italia y en Madagascar; y los socorros á ciudades y provincias enteras asoladas por guerras civiles ó exteriores, empezando en París y acabando en la Lorena, la Champaña y la Picardía. Fundó el hospital de expósitos, el de Jesús para los ancianos, y el general. Luchó con prudencia consumada y energía incansable contra el jansenismo, contribuyendo poderosamente á arrancarle la máscara. Envió Sacerdotes á Berbería para consolar y exhortar á los cristianos cautivos. Al mismo tiempo, como miembro director del Consejo eclesiástico, proveía á las necesidades de la Iglesia de Francia; y no rehuyendo su concurso á ninguna obra de celo para que era llamado, prestó importantes servicios á la mayor parte de las Congregaciones religiosas de Francia, y fundó las Hijas de la Providencia y las de la Cruz.

A la vez impulsaba y dirigía el desarrollo de su propia Congregación, rigiéndola con solicitud paternal; establecía seminarios, y en unión de Mr. Olier daba nueva vida al clero francés por la triple influencia de los retiros, seminarios y misiones. Todo esto no le impedía predicar muchas otras misiones en los campos y aldeas más pobres, cuidar por sí mismo de multitud de necesitados, dar consejos á todo el que se los pedía, y consagrar largas horas á ejercicios piadosos, ejercitándose en esto sin interrupción ni descanso hasta la edad de 84 años.

Así comprendió San Vicente de Paul el uso de ese gran don de Dios que se llama *la vida*.

Muchas fueron las virtudes en que sobresalió durante esta larga vida: fe, caridad, humildad, pureza, dulzura, cordialidad, sencillez, prudencia, celo, desprendimiento, amor á los pobres, paciencia, mortificación, sufrimiento en los trabajos. De todo esto nos ofrece elocuentes y admirables ejemplos su historia, no menos que de su vida interior, que no descuidó el Santo por atender á sus obras ó á sus prácticas exteriores. De estos ejemplos, á cual más bello, citaremos rasgos de su humildad y paciencia. A propósito de la primera de estas virtudes del Santo, véase lo que escribe un Canónigo de Dax, Mr. de Saint-Martin: «No puedo pasar en silencio, dice, un acto de virtud del señor Vicente de que fué testigo y ocurrió con motivo de la llegada de un sobrino suyo á la casa de San Lázaro. Habiendo encargado á uno de los de la casa que bajase á la calle, donde se hallaba aquél, vestido al uso de las Landas, y lo acompañase á su cuarto, el siervo de Dios tuvo un movimiento extraordinario de alteración por lo que había dispuesto, y bajando á la calle abrazó á su sobrino, lo tomó de la mano, lo introdujo en el patio y haciendo bajar á todos los señores de la Compañía les dijo que era el hombre más honrado de su familia y lo presentó á todos.» — Otro tanto hizo con cuantas personas distinguidas venían á verlo, y no contento con esto, en los ejercicios espirituales se acusó públicamente y en plena reunión de haber sentido alguna vergüenza en el momento de la llegada de su sobrino y haberlo querido hacer subir secretamente á su cuarto porque era un aldeano y estaba mal vestido.

Costumbre suya era recordar frecuentemente la obscuridad de su origen, no, como algunos, para lisonjearse de deber su fortuna á sí mismos, sino con la esperanza de que se le tratase con menos consideración. Un día que acompañaba hasta la puerta de San Lázaro á algunas personas de alto nacimiento, una pobre mujer, creyendo que con esto le movería más á darle limosna, le dijo que había servido á su señora madre. — «Buena mujer, le respondió el Santo, sin duda me tomáis por otro: mi madre nunca tuvo criada, sino que sirvió ella misma, porque era aldeana, como yo soy hijo de aldeano.»

Era cosa de edificarse ver con qué inalterable igualdad de alma sobrellevaba San Vicente de Paul los defectos del prójimo. De ello da testimonio un miembro de su Compañía que padecía mucho de escrúpulos y lo importunó á cada paso con sus inquietudes. «El señor Vicente, decía, ha tenido siempre mucha paciencia conmigo y me ha tratado con gran dulzura. Yo le interrumpía á cada momento, aun cuando iba á decir Misa ó rezar el Oficio divino. Luego que me contestaba me retiraba, pero volvía inmediatamente á hablarle, haciéndolo muchas veces seguidas, y, á pesar de esta insistencia, nunca noté que me dijese palabras desagradables; al contrario, me respondía siempre con dulzura, sin tratarme nunca con aspereza, lo que pudo hacer con justicia, en vista de mis continuas importunidades. A cualquiera hora que le buscara, aunque fuera adelantada la noche, ó estando en compañía de otros tratando de negocios, siempre me recibía con

la misma bondad, me oía y respondía con una caridad que no puedo explicar."

II

San Vicente de Paúl no creyó que los trabajos de la caridad le dispensaran de la mortificación y del sufrimiento voluntario, virtudes que supo elevar a grado heroico.

Cuando iba y venía, se privaba de ver los objetos agradables que encontraba a su paso y desviaba la vista de ellos. No hablaba sino para bien del prójimo; no oía, en cuanto le era posible, ninguna palabra ociosa. Comía tan poco que algunas noches sufría grandes desmayos; observaba con un rigor extremado los ayunos de Cuaresma, contentándose con pescado salado en la comida y un poco de pan y fruta por colación, y a esto añadía otras grandes austeridades voluntarias: sus vigiliias eran largas y continuas; dormía algunas horas sobre paja, y nunca pudo lograrse que se acostase en colchón, a pesar de sus enfermedades: lejos de eso, cinco años antes de morir hizo quitar las sábanas de su pobre lecho. El hermano que le asistió durante su última enfermedad, encontró en su cama brazaletes y cinturones con puntas de cobre y un cilicio que se conserva aún, dice Collet, y que sólo el verlo hace temblar a los más dados a la mortificación.

San Vicente no sabía lo que era buscar alivio a sus males. En tanto que sus fuerzas no hacían traición por completo a su valor heroico, se levantaba a la hora acostumbrada, las cuatro de la mañana, y se dedicaba a sus ejercicios de piedad y a los negocios que ocurrían. No consintió tener fuego en su habitación sino tres ó cuatro años antes de su muerte, en que sus enfermedades le obligaron a ello. Fue preciso hacerle violencia y encarecerle la imperiosa necesidad en que estaba de no abandonar sus buenas obras, para que usase en París una carroza, que se consideraba entonces como reservado a los personajes de alta posición y a la que él llamaba su *ignominia*. Los remedios que empleaba no eran los más cómodos, pero sí los más sencillos: así es que para combatir la calentura que habitualmente padecía, aun en el rigor del verano, se tapaba con tres mantas, ponía a lado dos enormes jarros de estaño llenos de agua hirviendo y después de pasar así la noche se levantaba, se enjugaba el sudor y se entregaba a la oración. Como estos grandes calores, juntos con la falta de sueño, que no reparaba con ningún descanso voluntario durante el día, le debilitaban tanto, á veces se dormía delante de los que estaban hablándole. Entonces tenía buen cuidado de atribuir estos accidentes, no á su mortificación, sino á su *miseria*, como él decía.

No se quejó nunca, ni aun en los más fuertes dolores: continuaba recibiendo á toda clase de personas, dirigiendo su Congregación con la misma serenidad de espíritu que si no sintiese mal alguno: esta dulzura y afabilidad se mostraron siempre en su semblante.

Una de las obras espirituales á que San Vicente de Paúl dió más importancia y contribuyó más á propagar, fué la de los *Retiros espirituales*, obra cuya inspiración se debe á nuestro San Ignacio de Loyola. San Vicente de Paúl hallaba en medio de sus inmensos trabajos espacio para hacer cada año su retiro, olvidando entonces al mundo entero para no pensar sino en Dios y en su propia santificación. Pero no se limitaba á esto. Abría las puertas de San Lázaro á todos los hombres que querían hacer los ejercicios del retiro bajo su dirección y la de los sacerdotes sus colaboradores. Desde el año de 1635 hasta la muerte de San Vicente, ocurrida veinticinco años después, se recibieron en San Lázaro más de 20.000 ejercitantes. Esto causaba enormes gastos á la casa; pero cuando se presentaba un considerable

número de hombres y alguno de los miembros de la Congregación le hacía presentes sus temores, el santo respondía tranquilamente: «Hermano mío, es que quieren salvarse.» Si era difícil alojarlos, decía: «Dadles mi cuarto cuando los demás estén llenos.» Si se le hacía observar que muchos de ellos no sabían el fruto que debían de estos santos ejercicios: «No es poco, respondía, si se aprovecha de ellos una parte.» Si se le añadía que muchos venían más bien para recibir el alimento del cuerpo que el del alma: «Bien, decía; siempre es una limosna que se hace á Dios.»

III

El Catedrático de la Universidad de Barcelona, D. Bartolomé Feliú y Pérez, en su apéndice primero á la obra de Mr. Arturo Loth, «San Vicente de Paúl y su misión social», robustece la opinión, bastante generalizada, de que no era San Vicente nacido en Pouy, sino en la villa de Tamarite de Litera, donde, así como en otros pueblos de la antigua Diócesis de Barbastro, subsisten familias del apellido *Paúl*; y que fué en Zaragoza donde estudió la Sagrada Teología y recibió el grado de Bachiller. De autoridad son los testimonios que en apoyo del primer punto aduce, y de peso para el segundo, la cita del P. Fr. Juan del Santísimo Sacramento, que se lee en los «Estatutos impresos de la Universidad de Zaragoza», establecidos por Fernando VI (1753), y el apuntamiento que copia del Prólogo de la Historia de aquella Universidad, en el que se añade no haber el Santo recibido en ella, después del de Bachiller, grado alguno.

Dedica el señor Feliú y Pérez los apéndices segundo y tercero á historiar la introducción y progresos en nuestra patria de la Congregación de los sacerdotes de la Misión ó Paúles y del Instituto de las Hijas de la Caridad. Desde el planteamiento de la primera, en 1704, por el Arceidiano de la Santa Iglesia de Barcelona D. Francisco de Sent Just y Pagés, quien estableció en su propia casa de la calle de Tallers la primera comunidad de sacerdotes Paúles, hasta la actualidad, refiere el docto catedrático, con abundancia de fechas y datos, la historia de la propagación de aquellos Misioneros en Barbastro, Mallorca, Réus, Guisona, Valencia, Madrid, etcétera, terminando su relato con una curiosa estadística de la familia espiritual del Santo Apóstol, extendida ya hoy por todos los ámbitos del globo conocidos. Según ella, distribúyese en 33 provincias, y su personal asciende á 2.386 individuos, de los cuales 21 son obispos, 1.337 sacerdotes, 420 entre estudiantes y seminaristas y 608 Hermanos coadjutores. España, la provincia más numerosa, tanto en casas como en personal, cuenta 14 casas y 266 individuos.

No menos interesante es la historia del Instituto de las Hermanas Paúles, mereciendo Barcelona, rica en esta clase de privilegios, el de recibir la primera, á las seis protohermanas de la Caridad, catalanas cuatro de ellas, y naturales de Aragón las restantes. Réus, Lérida, Barbastro, Madrid, Pamplona, siguiendo el ejemplo de aquella ciudad, pusieronlas también al frente de sus casas de beneficencia; y más tarde Mallorca, Valencia, Canarias, Tortosa, Badajoz, vieron en sus establecimientos de caridad á esas incomparables mujeres que por amor á Dios y al prójimo sacrifican honores, riquezas, placeres y aun la vida. En la actualidad cuentan España y sus posesiones 4.000 Hermanas Paúles, distribuídas en los establecimientos y servicios que enumera el autor.

Por último, y como final de este trabajo, trata de las Conferencias de San Vicente de Paúl, investigando las causas de la ignorancia y desvío para con la institución, desvaneciéndolas en términos suficientes para llevar el convencimiento á esos espíritus

apocados y mezquinos según los cuales no es posible congregarse con fines piadosos y de caridad, sin que haya de por medio planes políticos.

IV

Un pastor de los valles Apeninos está enfermo de cuerpo y alma y se siente morir. Quédase postrado en la hierba y á poco cree ver pasar un mendigo con un niño en los brazos.

— ¿Quién eres? — le dice, y el otro contesta:

— ¡Un criminal arrepentido!

— ¿Y ese niño?

— Un hijo que abandoné en la cuna de los Expósitos.

— ¡Qué hermoso es!

— ¡Bendito sea el que nos ha salvado á los dos!

Siguió el pasajero su camino y el pastor vió suspendida en el espacio una sombra de mujer, ceñida de blancas tocas, tipo ideal de la Hermana de la Caridad. El resplandor de su luz le hizo abrir los ojos.

— Hermana, exclama: ¡Yo estaba enfermo y ya estoy sano! ¡Yo dudaba y ya creo! ¡Yo lloraba de hastío y ahora lloro de alegría! ¿Quién es ese hombre que me ha consolado? ¿Quién eres tú que me inundas de salud y felicidad?

Y la sombra, elevándose, respondía:

— ¡No te asombres! El niño expósito resucitado; el pecador contrito; tú que vuelves á la fe y yo que os fortalezo porque fuí por él fortalecida, somos átomos...! El aliento que percibimos y la vida que respiramos procede de un sér invisible. ¡Es que vaga por estos valles, el espíritu del Santo Vicente de Paúl!

A. V. P.

TOLEDO

Arriba azul, verde abajo,
pleno Abril, sol esplendente,
y yo sentado en un puente
que cabalga sobre el Tajo.
Ara el buey con gran trabajo
la lejana sementera;
zumba la abeja doquiera;
cada planta tiene flor;
los cielos dicen: ¡amor!
y los campos: ¡primavera!

Vibra en la extensión lejana
que el Tajo hirviendo recorre,
la voz que en gótica torre
da á los aires la campana
católica y musulmana,
infundiendo asombro y miedo.
Desde el puente mirar puedo,
entre mil tintas bermejas
cúpulas, torres y rejas
de la ciudad de Toledo.

¡Cómo resaltan bañadas
del sol por los rayos puros,
en cornisones oscuros
almenas desportilladas!
Sobre ramblas aplomadas
se mira en conjunto vago,
el rudó y constante estrago
de los siglos, que han escrito
su paso sobre el granito
con ortiga y jaramago.

¡Toledo! rico tesoro
de señoriales contiendas
de cuentos y de leyendas
que enaltecen al rey moro.
Te envuelve en nimbos de oro
el sol que tus campos baña,



Ed. GARNIER del.

U BUTIN pue.

J. GUILLAUME SC.

LA MUJER DEL PESCADOR, CUADRO DE BUTÍN.

y tienes la pompa extraña
de una majestad caída
que refleja, ya vencida,
todo el esplendor de España.

De tus grandezas testigo,
el Tajo á tu voz responde:
sirte de plata que esconde
misterios del rey Rodrigo.
En tí buscaron abrigo
héroes de raras historias,
cuyos hechos y memorias
impiden á extrañas gentes,
con tus desgracias presentes,
nublar tus pasadas glorias.

Toledo, soñé en mirarte
y al fin feliz te contemplo,
como silencioso templo
de la tradición y el arte.
Vengan otros á estudiarte;

nunca atizó mi ansiedad
ver si pueblan tu ciudad
almas grandes ó mezquinas:
me basta admirar tus ruinas,
me encanta tu soledad.

Ya sin puente ni rastrillo,
destrozado el minarete,
sin lanzas en el almete
del paredón amarillo,
semeja el feudal castillo
mansión de espectros sombría,
donde ya, el rayo del día
no halla al penetrar ligero,
ni en la sala al caballero
ni en las torres al vigía.

Sólo la indiscreta fama
cuenta que en tiempo pasado,
tuvo el castillo clavado
en la puerta un oriflama;

fué prisión de hermosa dama
cautiva en redes de amor,
y á tanto llegó el rigor
de su infortunada suerte,
que por celos, le dió muerte
con el hacha, su señor.

En angosta saetera
su nido cuelga el vencejo
y crece el duro cornejo
en la inútil halconera.
Encubre la enredadera
el desgastado blasón;
sin lengua está el esquilón;
la poterna sin cerrojos;
hay en el glasis abrojos
y ortiga en el torreón.

El sillar tosco y plomizo
llora en el musgo su duelo;
cruza de tarde el mochuelo



PESCADORAS, CUADRO DE BEYLE.

el húmedo pasadizo;
sostiene el arco macizo
un pesado corredor,
que en el ángulo interior
guarda en piedra mal tallado,
un Cristo crucificado
que ya no causa fervor.

Los altos muros deslava
retratando las almenas
el Tajo, cuyas arenas
pisó tímida la Cava;
bajo su lecho de grava
oculta el nudoso río,
todo el pasado sombrío
de historias y tradiciones;
joyas, armas y blasones
del gótico poderío.

Con soberbia majestad
por la historia consagrados,

alza sus muros calados
coronando la ciudad,
el Alcázar, que en la edad
de heroísmo sin segundo,
vió con asombro profundo
levantarse, sin mancilla,
los leones de Castilla
para dominar el mundo.

Allí el rencor acibara
bajo sus cotas de acero
á Don Pedro el justiciero
y á Enrique de Trastámara.
Si cada piedra guardara
por mano de Dios escrito,
de la virtud y el delito
las luchas que ha contemplado,
lanzara el mundo espantado
frente á cada piedra un grito.

Mas tan sólo de grandeza

y ostentación son destello:
siempre lo grande y lo bello
vive en la naturaleza;
hasta en su muda tristeza
tienen pompa las ruinas;
defienden secas espinas
las tumbas de ilustres muertos,
y en los salones desiertos
son reinas las golondrinas.

¡Soledad! ¡silencio! ¡estrago!
el tiempo con mano ruda
siembra en el alma la duda
y en el muro el jaramago.
En vano el mentido halago
de una brillante memoria
alza recuerdos de gloria
del polvo glacial y leve,
que sólo levanta y mueve
el huracán de la historia.

Sigue el hombre por la tierra,
como ayer, triste camino,
incansable peregrino
siempre con el mal en guerra.
¿Quién vacila? ¿quién se aterra
ante tan rudo trabajo?
Arriba azul, verde abajo,
pleno Abril, sol esplendente,
y al mar empujando hirviente
sus claras ondas el Tajo.

JUAN DE DIOS PEZA.

LA POESÍA DE LA MUJER



La convicción rechaza la idea, generalmente admitida, de que las mujeres que se distinguen ó elevan de lo vulgar son románticas.

Hay demasiada predisposición para confundir los sentimientos poéticos con los románticos, lo cual no se explica: los primeros son en el hogar, lo que la música y el incienso en el templo; imprimen á los actos de la vida atractivo dulce y espiritual; son el encanto de la existencia feliz, mientras los segundos producen casi siempre perturbación de ideas, capaz de conducir á funestos extravíos.

Hay excepciones seguramente, pero raras, en que la pasión exaltada, inspirada en la fe, eleva el corazón á lo infinito, mostrándole el deber, los grandes sacrificios, el olvido completo de sí mismo; haciéndole sentir el bien y rechazar el mal; creando ese estado que las acciones subliman y de que nacen las únicas alegrías que podemos gozar en la tierra.

Sainte Foix ha dicho que el corazón de la mujer es un abismo de amor.... ¡Oh, sí! él acoge lo grande para perpetuarlo y lo pequeño para ennoblecerlo. Fácilmente se inclina á lo que es digno de ser amado.

La mujer tiene siempre una sonrisa para las alegrías, una lágrima para el dolor, un consuelo en las adversidades, excusa para las faltas; templada el infortunio y abre espacios ilimitados á la esperanza.

Tal opinan de la compañera del hombre los grandes pensadores, los que con fino escalpelo saben penetrar en el corazón humano, los que descifran los misterios que encierra el corazón de la mujer.

Según Chateaubriand, «la mujer esparce en derredor del hombre las flores de la vida, como esas plantas de los bosques que se enlazan al tronco de las encinas, embelleciéndolas con sus guirnaldas perfumadas.»

Por la misma razón de que la mujer es tan necesaria á la vida del hombre, á su bienestar, á su condición moral, la menor de sus acciones influye doblemente en el equilibrio de los hechos humanos. El hombre por sí solo es un sér incompleto, triste y solitario. Acertando á elegir mujer buena, de esas que exhalan el aroma de la felicidad, se siente el hombre menos rudo, menos fiero, más apto para la sensibilidad y la indulgencia, más fácil y accesible para admitir el consejo, la inspiración, la impresión, rara vez torcida, de la mujer y la delicadeza de sus rasgos con que, esposas y madres, resuelven el hermoso problema de la cultura del alma.

Resumiendo, oigamos á Lamartine:

«La mujer es origen de las grandes acciones.»
Y á Balzac:

«La mujer es el sér más perfecto: es una creación entre el hombre y el ángel.»

CECILIA G. DE IBÁÑEZ.

EL MEJOR NÚMERO

I



FÉLIX y Andrés eran dos oficiales de cerrajero, honrados y laboriosos, que trabajaban en un taller á las órdenes del mismo maestro. El segundo, sin ser menos honrado, era, no obstante, más inteligente y laborioso que el primero, y habilísimo por añadidura en el mecánico arte que profesaba. Al anocheecer de un día de Enero, después de soltar las herramientas del trabajo, subían ambos hacia la plaza Mayor por una acera de la calle de Toledo, cuando cerca de San Isidro hirió sus oídos una voz cascada que decía:

— ¡Mañana es último día.... de billetes; hay décimos.... á tres.... pesetas!

Aquella voz era la de una pobre mujer que, acurrucada junto al umbral de la puerta de una administración de Loterías, y envuelta en un mantón para precaverse contra el cierzo, brindaba á los transeúntes con un golpe de fortuna que hubiese deseado para sí.

— ¡La suerte....! ¿Quién quiere la suerte?—añadió, como dirigiéndose á nuestros artesanos, que en el mismo instante pasaban junto á ella.

Félix, deteniéndose, dijo á Andrés:

— ¿Quieres que tomemos un décimo á medias, á seis reales por barba?

— Con seis reales — respondió Andrés — pago yo mi casa y cómo el día de mañana.

— ¡Miserable! Nunca te lucirá el pelo ni soltarás la lima de la mano.

— Tómalo por donde quieras, Félix; pero más vale pájaro en mano que buitre volando.

— ¿Y si compramos un décimo y nos cae el premio grande? Piénsalo bien, Andrés, el premio grande significa diez y seis mil reales, cuatro mil pesetas para tu bolsillo.

— ¿Y sabes tú de alguno á quien eso le tocara?

— ¡Ya lo creo! Pregúntaselo al zapatero de mi calle, que desde entonces tiene el riñón cubierto, y se da un tono....

— Pues de esos entran pocos en libra. En cuanto á mí, creo que había de jugar toda la vida sin que me cayera un céntimo. Lo que pasa con la suerte no lo sé; siempre estás oyendo que la tuvo Juan, ó que Pedro acaba de atraparla, y á tí no te llega nunca.

— Sin razón te desanimas. ¿No eres tan bueno tú como cualquier hijo de vecino? Pues tres veces al mes hay lotería, y cada vez le toca á alguno el premio grande. ¿Por qué no ha de llegar un día nuestro turno? ¿No somos nosotros tan hijos de Dios como los demás, y de igual modo acreedores á sus beneficios?

— Es que la lotería, amigo Félix, no la maneja Dios, sino los hombres; es que el sacarla ó no sacarla depende del acaso, el cual viene á ser la providencia de los que en Dios no creen. En la vida, á mi entender, no hay suerte ni desgracia; hay, sí, premio y castigo, y éste ó aquél te habrán de dar según te portes. ¡La desgracia, la suerte! Me río yo de estas palabras que inventara la soberbia de los hombres para disimular la propia culpa y abatir ajenos méritos. Sé bueno, y serás dichoso; no te quejes, si eres malo, de lo que llamas tu infortunio.

Félix abrió una boca como una ventana y unos ojos como puños, manifestando así que no entendía el discurso de su amigo.

— Por lo que toca á la lotería, que me pintas tan hermosa — prosiguió Andrés — me hago yo otro cargo. Pienso que todos somos mortales; que todos los días, en Madrid, pongo por caso, mueren buena porción de hombres, mujeres y niños; que

tú llevas veinticinco años y yo treinta jugando, digámoslo así, incesantemente á esa lotería fúnebre, y esta es la hora en que, á Dios gracias, no nos ha tocado todavía. Pues si nacimos para morir y aún no hemos muerto, y expuestos estamos á ello á todas horas, y no son pocos los que mueren cada día, espera sentado, porque es mucho más difícil que la muerte, el premio grande de mañana y el de todos los sorteos.

— ¡Cuánto sermón para encubrir tu mezquindad! ¿Tomamos ó no el décimo?

— Por mí, no; tú haz lo que quieras.

La respuesta de Félix fué volver la espalda á su compañero, entrar en la administración y salir de ella con un décimo en la mano.

— Me obligas — dijo — á gastar más de lo que puedo; no importa, doble será el premio si doble ha sido el gasto.

— Con tu pan te lo comas — respondió sentenciosamente Andrés.

Los dos amigos, sin añadir palabra, recorrieron toda la calle de Toledo, y al llegar á la plaza Mayor se separaron.

Al día siguiente, Félix no pareció por el taller hasta muy cerca de mediodía, lo que le valió una reprensión de su maestro. Había ido á la Casa de la Moneda á presenciar el sorteo. Silencioso y cabizbajo, empuñó la lima y se puso á trabajar con rabia, mientras Andrés le contemplaba sonriente.

— ¿Qué tal, Félix? ¿Cómo anda ese valor? — le dijo de pronto.

El interpelado, por toda contestación, sacó de un bolsillo de la chaqueta el décimo de la lotería, y con sus dedos negros de limaduras, lo hizo añicos, murmurando:

— ¡Maldita sea mi suerte!

Entonces Andrés se acercó á él, le asió de un brazo y deslizó en su oído estas palabras:

— No seas bobo: compra una hucha, y cuando te dé la ventolera de tomar un décimo, deposita en ella su importe. La economía y el ahorro son nuestra infalible lotería.

II

El hombre capaz de seguir un buen consejo merece ser contado entre los sabios. Félix no era tal, ni mucho menos, y no sólo no siguió el consejo de Andrés, sino que tomó ojeriza á su compañero. ¿Quién era éste para aconsejarle? Por manejar con más habilidad las herramientas y por no gustarle la lotería, ¿se consideraba con derecho á meterse en camisa de once varas? ¡Vaya una pretensión! ¡No faltaba más! ¿Y él, Félix, todo un oficial de cerrajero y no de los peores, por más que otros más hábiles hubiera, no había cumplido ya sus veinticinco años, y era mayor de edad, y sabía muy bien donde le apretaba el zapato, para que viniera un compañero, otro artesano como él, á intervenir en sus asuntos, á tratarle como á un chiquillo, aconsejándole la compra de una hucha? De ningún modo; él era hombre de carácter y no permitiría que nadie se le subiera á las barbas, que no para sufrir tamaña humillación arrinconara un día la navaja de afeitar.

— ¡Jugaré, jugaré y jugaré, cuando me dé la real gana! — profirió, herido en su amor propio y no hallando otras palabras en el colmo del despecho.

Suele decir el vulgo que el infierno está empedrado de buenas intenciones, y digo yo con él que si nuestros buenos propósitos obtuvieran el cumplimiento de los malos, no habría un alma en el infierno. Valga esto para demostrar, sin otro esfuerzo, que Félix, según malamente se propusiera, jugó á la lotería, poco ó mucho, ya solo, ya acompañado, conforme se lo permitían el bolsillo y las circunstancias, aprovechando los sorteos decenales, si darse podía el nombre de provecho al grave detrimento que con ello su jornal experimentaba. Y como no le

tocase nunca un premio grande, ni pequeño, el amor propio de su desmedrado entendimiento enardecíase cada vez más, y llegó el caso de tomar más décimos de los que su modesto haber podía resistir, y de decirse después de romperlos, apretando los puños, ante la lista de la lotería:

— ¡Nada! ¡ni un céntimo! Aunque no fuera sino un premio pequeño, me alegraría sacar sólo por volver la pelota á Andrés; pero, ¡ni por esas! ¡Maldita sea mi suerte!

Y su carácter se agriaba como el vino, y de bueno que había sido se volvía malo, y aún peor. Ya su antiguo amor al trabajo venía muy á menos; ya merecía frecuentes reprensiones del maestro, no asistiendo al taller con la puntualidad acostumbrada; ya, al acercarse la hora del descanso, abandonaba la faena antes de tiempo por no aguardar á su amigo y acompañarle hasta la plaza Mayor, como solía antes que una quimérica ambición viniera á perturbarle.

Andrés, por su parte, le dejaba hacer sin dirigirle la palabra ni preocuparse en modo alguno del desvío de Félix. Contentábase, sí, con asestarle miradas elocuentes, con examinarle repetidas veces, y adivinar por el semblante cuando le volvía la espalda la fortuna. Sólo una vez se le acercó de nuevo, volvió á asirle de un brazo y á deslizar en su oído estas palabras:

— Yo tengo el mejor número, y lo estoy jugando siempre, y tú verás si á mí me toca.

— ¡Dámelo! — rugió Félix, encandilados los ojos por la codicia.

Andrés, sonriendo maliciosamente, se contentó con responder:

— Te lo daré, bobalicón, cuando lo merezcas.

Félix no sabía que Andrés, á la salida del taller, concurría á la Escuela de Artes y Oficios, donde, entre otros conocimientos útiles, aprendía dibujo y estudiaba mecánica. Félix ignoraba, además, que en vez de arrojar el dinero por la ventana, comprando décimos de la lotería, su antiguo compañero compraba libros, cuyo texto, bien estudiado y mejor digerido, le elevaba cien codos sobre el nivel de la cerrajería en que ambos ganaban el sustento.

III

En tal situación vinieron días, semanas y aun meses, hasta que una mañana, al dar las once, Félix no había parecido por el taller.

— En cuanto venga, le despido; no quiero holgazanes al lado, — dijo el maestro, furioso.

— Hoy es día de sorteo y habrá ido á presenciarlo — repuso el bueno de Andrés; — le ha dado esa maldita ventolera..... ¿qué le vamos á hacer? Maestro, no lo tome usted por donde quema; Félix tiene buenas manos, bien lo sabe usted.

— Las tuvo, Andrés, las tuvo; hoy no ganaría en ninguna parte el jornal que yo le doy; eso tampoco lo ignoras tú, que te pasas de bueno por quien no lo merece.

En nombrando al ruín de Roma luego asoma. Este refrán hizo sin duda que pareciese Félix cuando el desdenado amigo iba á romper otra lanza en su defensa. El maestro, por más que pusiese empeño en ocultarlo, respetaba el mérito de Andrés; así se contentó con refunfuñar la centésima reprensión al holgazán, que, sin hacerle caso, se puso á trabajar con cara de pascua y ojos provocativos.

— Mucho me mira ese, ¿qué me querrá? — pensaba Andrés, viendo el semblante de su alegre compañero.

— ¿Se ha trabajado esta mañana? — preguntó Félix.

— Más que tú, granuja — respondió amistosamente Andrés.

— Pues mira, para que no te quejes, hoy no sol-

taré la lima ni el martillo, mientras no los sueltes tú, y te acompañaré al salir hasta la plaza Mayor como otras veces.

— Mucho me alegra que vuelvas al redil, oveja descarriada; tentaciones me dan de descubrirte el número de mi lotería, la única legítima y verdadera.

— Luego hablaremos de eso, camarada, — repuso Félix, guiñando el ojo; — sabe por ahora que mañana, domingo, te convido á las Ventas á sacar el vientre de mal año.

— Mejor harás en aprovechar si algo pescaste, — objetó Andrés.

Y luego añadió para sí:

— A ese tuno, está visto, le ha tocado la lotería..... ¡No le faltaba más que eso al desgraciado!

Aquella tarde Andrés y Félix, volviendo á los buenos tiempos de su dichosa amistad, salieron juntos del taller y tomaron calle de Toledo arriba, como excelentes camaradas. Apenas se encontraron solos:

— Tengo que darte una noticia, — profirió Félix, muy orondo.

— Tú dirás.

— Mal que te pese y por más que rabies, mi número es mejor que el tuyo.

— Si así me lo pruebas.....

— ¿No decías que era más fácil morirte que sacar.....? Pues vivo estoy y me ha caído la lotería..... ¡Chúpate esa, bobalicón!

— ¿Cuánto?

— Un premio chico, treinta pesetas, para hacer boca.

— ¡Que le llamen premio á eso! Como no premien la tontería.....

— ¿Qué dices ahora?

— Digo que echas la cuenta de lo que te vienen costando esos seis duros, y cuando salgas ganancioso, entonces hablaremos.

— ¡Hombre terco y empedernido! Ya te ablandarás mañana, en las Ventas, ante una fuente de callos y caracoles y una botella de buen vino.

— Muchas gracias, Félix, te lo agradezco cordialmente; pero..... ¿lo ves.....? dinero mal ganado no aprovecha; ya estás pensando en gastarlo sin tón ni són.

En estas y otras análogas razones llegaron á la bocacalle de la Concepción Jerónima, donde se detuvo Andrés.

— ¡Cómo! — exclamó admirado Félix; — ¿no te vienes á remojar el gazañate conmigo? ¿No me acompañas siquiera hasta la plaza Mayor?

— Gracias; voy á tomar mi número. También yo tengo amor propio; me he picado y no desisto de probarte la excelencia de mi lotería.

— Pero, ¿estás loco? ¿Qué lotería es esa? ¿Dónde tomas tú tu número?

— No hay inconveniente en que lo sepas; mi lotería se sortea en cualquier parte; el número lo tomo en una administración de la calle del Turco.

— Eres turco y no te creo.

— Vaya, adiós, y que sea enhorabuena.

— Gracias.

Se separaron, dirigiéndose Félix hacia la plaza Mayor, y tomando Andrés por la Concepción Jerónima.

IV

Bien vengas mal, si vienes solo. Este refrán envuelve una blasfemia ó poco menos, pues con él parecemos suponer que Dios nos envía los males en gran número, suposición falsa á todas luces, sin acordarnos para nada de los infinitos bienes que constantemente sobre nosotros llueven. De acuerdo con el refrán, la fortuna, ó lo que fuese, había hallado el modo de favorecer á Félix. Volaba el tiempo, ese gran *timador* de los tontos que no sabemos aprovecharlo, y trajo entre sus alas la lotería llama-

da de Nochebuena. El precio de un décimo, cincuenta pesetas, era muy superior á los posibles de nuestro monomaniaco; pero él se las ingenió para disponer de un duro y jugarlo en numerosa compañía con los compadres de su barrio. Llegó la mañana del sorteo, y Félix era un piñón de la enorme pila humana que ante la tarima se agolpaba en la sala de extracciones. Pocos momentos antes del sorteo sacó del bolsillo un papel, diciendo:

— El 3.015, bueno; como han tenido el feliz acuerdo de no celebrar este sorteo por el maldito sistema de irradiación, no hay más, hoy salgo de pobre, lo presiento.

Como un movimiento brusco de la concurrencia anunciase la proximidad de la extracción, Félix suspendió su monólogo para fijar los ojos en el bombo. Dentro de éste se agitaban con insinuante baraunda millares de bolas, y crecía por instantes la emoción de los espectadores. De repente:

— ¡El 3.015! — cantó una voz sonora y clara.

A ésta siguió un rumor semeante al de las olas, y dominándolo todo, frenética de alegría, palpitante de emoción, otra voz se alzó en la sala:

— ¡Andrés! ¡Andrés! ¿Dónde te has metido? ¿Por qué no vienes? ¡Aquí te quiero ver, valiente! Yo te enseñaré cuál es el mejor número.

— ¡Silencio! ¡órden! — gritó con severidad el presidente de la mesa.

Félix, hendiendo la multitud, salió como una bala del local; cruzó el jardín contiguo y echó á correr por el paseo de Recoletos, mesándose las barbas y gritando:

— ¡Andrés! ¡Andrés! ¡Aquí te quiero ver, valiente!

En la sala de extracciones todos le creyeron loco, y algunos, mordidos por la envidia, hasta se alegraron de su locura, buscando en ella el propio consuelo.

Félix no paró hasta el taller, donde cayó, mejor que entró, jadeante, sudoroso y con los ojos extrañados, balbuciendo:

— ¡Andrés.....! ¿Dónde está Andrés?

El maestro le miró con triste gravedad y dijo:

— ¿Qué es eso? ¿Qué hierba has pisado tú? Después de no habésete visto el pelo ayer en todo el día, tienes el descaro de presentarte hoy, hecho un energúmeno! Ya puedes tomar el portante ahora mismo, que aquí no nos haces maldita la falta.

— ¿Y quién le ha dicho á usted, maestro del diablo, que vengo yo por su dinero? Andrés, yo busco á Andrés y á nadie más.

— Pues búscale en el mapa, bobalicón, porque ayer se despidió de mí, harto lo siento, y de Madrid, para gozar de mejor suerte.

— Pues guárdese usted sus limas, y sus martillos, y todas sus herramientas, que tampoco me hacen á mí falta maldita.

Dicho esto, Félix tomó calle arriba, hacia la plaza Mayor, á comunicar la noticia á sus compadres.

V

Aunque se dan casos, nuestro ex-cerrajero no se volvió loco de atar, ni mucho menos. Comprendió perfectamente que en un décimo del número 3.015, agraciado con el premio grande en la lotería de Nochebuena, llevaba cinco pesetas, y que por tal concepto le correspondía á él la respetable suma de cinco mil duros contantes y sonantes. Esta cantidad, puesta al módico interés del seis por ciento anual, hubiese asegurado á Félix una honrada, ya que no laboriosa subsistencia; él, por desgracia, no lo entendió así, y al verse con tanto dinero junto, creyéndolo inagotable, dijo para su capote:

— ¡Ancha Castilla! ¡Viva la Pepa!

Y entregóse á toda suerte de diversiones y frachelas, sin dársele un ardite del ayer ni del maña-

na. Comenzó por echar á un lado los que él llamaba pingos del obrero, y vestir otro traje más decente; continuó por darse tono, convidando á sus amigos y camaradas á cuanto les apetecía, y acabó, en fin, por no haber café, teatro, bailoteo ni romería á que no concurriera, ni vicio ni placer libidinoso en que no se revolcara. En más de una ocasión pasaba vestido de caballero, con el puro en la boca, muy tieso y pavoneándose por delante del taller, para que le vieran el maestro y los compañeros, á quienes él tildaba de infelices bestias de carga. En medio de esta que Félix llamaba buena vida, sólo una idea le mortificaba: Andrés.... ¿dónde estaría Andrés, al cual no había logrado volver la pelota en pleno rostro?

¡Ay! su juicioso amigo lo había dicho, sin darse cuenta: dinero mal ganado no aprovecha; y el adagio dice también que los dineros del sacristán, cantando se vienen y cantando se van. Un día, pues, Félix cayó en la cuenta, mal su grado, de haberse ido de entre las manos los cinco mil duros del premio grande. Entonces no tuvo otro recurso que pasar por las horcas caudinas de volver al taller en busca del sustento desdeñado; pero encontráse allí con el maestro resentido y con las herramientas empuñadas por nuevos oficiales. Buscó y encontró al fin colocación en otra cerrajería; mas, familiarizado ya con el vicio y la holganza, perdido el hábito del trabajo y flojo y torpe en sus faenas, en breve hubieron de echarle del nuevo taller, y por iguales causas de otros sucesivos. Variando de oficio y de acomodo, por no gustarle ninguno, según ocurrir suele á muchos holgazanes, Félix fué dando tumbos por la peligrosa pendiente en que rodara, hasta vérsese en mitad del arroyo, balbuciendo:

— ¡Una limosna para este obrero desgraciado!

Cierto día, hubo de antojársele salir de la corte para mendigar de pueblo en pueblo ó procurarse la subsistencia en cualquier parte. Tras algunas jornadas de penosa marcha, rendido, harapiento y empolvado, al declinar de una tarde de otoño, guiado por los rails, llegó á una estación de la vía férrea de Barcelona á Zaragoza, al mismo punto que, silbando, un tren llegaba por el lado opuesto.

— ¡Bendito sea Dios! La caridad de esos viajeros me favorecerá con qué pasar la noche, — pensó Félix, cuya índole, aunque extraviada, no era aviesa.

Apenas hubo hecho alto el tren, oyó el infeliz pronunciar su nombre. Al volver la cabeza, sus ojos tropezaron con los del maquinista, negro de carbón de piedra.

— ¡Andrés! — profirió asombrado, — ¡tú aquí!

— Sí, yo, que en la Escuela de Artes y Oficios, en Madrid y en Barcelona, á fuerza de estudio y de constancia, aprendí muchas cosas útiles. Aquí me tienes hace más de un año, sufriendo algunas fatigas, es verdad, pero ganando también muy buenos cuartos.

— A mí me cayó la lotería....

— Lo sé, lo sé por nuestro antiguo maestro, del cual tengo noticias frecuentes... No digas más, todo lo adivino al verte.

— Quién había de pensar....

Andrés, sin descuidar la máquina, prosiguió:

— Este es mi último viaje. Voy á Barcelona á casarme con la hija de un accionista de cierta importante fábrica, cuyo director mecánico seré. Si te animas á trabajar, vete á Barcelona y búscame; te colocaré en la fábrica. Toma, es cuanto puedo hacer por tí en este momento.

Puso un duro en la mano de su amigo, y concluyó:

— Recibe, con esa moneda, otra mejor en forma de consejo; no juegues á la lotería ni lo olvides: el mejor premio es el del trabajo, el mejor número es no tomar ninguno.

Poco después el tren partía como el rayo y Félix

quedaba solo en el andén, repitiendo como un idiota:

— El mejor premio es el del trabajo, el mejor número es no tomar ninguno.

JUAN TOMÁS SALVANY.

LA VIDA



ADA pulsación del hombre, según cálculos, coincide con un nacimiento y una muerte. Una cuarta parte de los nacidos muere antes de entrar en la edad de la niñez (siete años), y otra antes de entrar en la pubertad (quince años). Así es que, según cómputos recientes, la duración media de la vida la constituyen treinta y cinco años.

Hay quien cree que la civilización es la causa de que la vida del hombre se abrevie, siendo todo lo contrario. La civilización no es muerte, es vida. La población de un país, crece con la cultura y disminuye con la barbarie; los hombres civilizados forman el tipo racional y moral de la especie humana.

La higiene pública y la privada, el clima, la profesión y el estado, ejercen visible influencia en la longevidad humana. Las zonas templadas son las más favorables á la vida del hombre.

Según observaciones hechas desde la más remota antigüedad, los casados viven más que los solteros, estando demostrado que el matrimonio multiplica las fuerzas sociales, consolida, por decirlo así, la vida, y contribuye poderosamente á conservar la salud, la alegría y la belleza.

Según las tablas de Duillar, las probabilidades de la vida son:

A los 10 años, suelen llegar 40 de los nacidos: á los 20, 35; á los 30, 28; á los 40, 24; á los 50, 17; á los 60, 15; á los 70, 7; á los 75, 5; á los 80, 4; á los 85, 3; á los 90, 2; á los 95, 1.

Según las tablas mortuorias consultadas por Halley, se tiene razón exacta de 60 personas que han vivido de 110 á 120 años: 29 de 120 á 130; 16 de 130 á 140; 6 de 140 á 150; 1 de 150 á 169.

En Europa nacen más hombres que mujeres; la estadística acusa el nacimiento de 21 varones por cada 20 hembras: sin embargo, Inglaterra y Rusia tienen cada una, un exceso de 1.500.000 mujeres.

En los pueblos de raza híbrida, abundan más las mujeres que los hombres, exceptuando los establecidos en las costas intertropicales, como se ve en las Antillas, Méjico, Colombia y el Brasil.

La familia consta por término medio, de cinco individuos; cuando se sabe que en una población hay 2.000 vecinos, puede afirmarse que tiene 10.000 habitantes. Sólo el 10 por 1.000 de la población es apta para la guerra.

Las transformaciones de la vida se marcan por estos períodos: Infancia hasta los 7 años. Niñez hasta los 15 años. Adolescencia hasta los 25. — Juventud hasta los 45. — Edad madura hasta los 60. — Vejez ó decrepitud hasta la muerte. — El hombre llega á la plenitud de la vida á los 40 años.

La *Revista Científica* publicó una lista de centenarios vivos, cuya edad varía entre los 115 y los 120 años.

La antigüedad registra casos de longevidad aún más extraordinarios y numerosos.

Plinio copió algunos fragmentos del censo hecho en su época por el emperador Vespasiano. La octava región de Italia arrojaba entonces 54 hombres de 100 años, 14 de 110, 2 de 125, 4 de 130, y 4 de 135, 137 y 140.

Haller cita un hecho curiosísimo, de que fué testigo Harvey, descubridor, con nuestro Miguel Servet, de la circulación de la sangre.

El campesino llamado Tomás Parr, del Shroshire, sucumbió á la edad de 152 años y nueve meses.

Un documento oficial ruso relativo al censo del imperio registra en el distrito de Polosk, sobre las fronteras de la Livonia, la existencia de un hombre todavía robusto que había llegado á los 168. Murió dejando cuatro hijos, de los cuales tenía el mayor 96 y 81 el más joven.

La familia vivía en Polotska, cultivando una propiedad que había donado al patriarca la emperatriz Catalina II.

Ante casos tales pudiérase creer que Flourens tiene razón al afirmar que el hombre puede vivir siglo y medio.

Los que no lo logran mueren jóvenes, sin duda porque no saben administrar su vida.

ASOCIACIONES BENÉFICAS

LAS ADORATRICES

Tuvo origen en Madrid el Instituto de señoras Adoratrices en 1850, debido á las bien probadas virtudes de la piadosa dama española Vizcondesa de Jorbalán, Doña Micaela Desmaissieres López de Dicastillo y Olmedo, hija de un noble veterano de la guerra de la Independencia y hermana del diplomático Marqués de los Llanos y Conde de la Vega del Pozo. Sin perdonarse gastos ni molestias, comprometiendo su fortuna, su tranquilidad y á las veces su reputación, supo luchar por la gloria de Dios y por la salvación de las almas, dedicándose con singular ahinco al socorro de las jóvenes extraviadas, á quienes fué recogiendo en una casa alquilada de la calle de los Dos Amigos y después en otra más capaz de la calle de Don Pedro. Gracias á la visible protección de Dios y á los sabios consejos de su Director espiritual el P. Eduardo José Rodríguez Carasa, de la Compañía de Jesús, logró vencer grandes dificultades y vencerse á sí misma, que es mucho más difícil y meritorio.

Siguiendo los pasos iniciados en épocas anteriores por el ilustre aragonés V. P. Fray Domingo de Jesús María Ruzola, tercer general de los carmelitas descalzos en Italia, y del gran Apóstol de la Caridad, también de sangre aragonesa, San Vicente de Paúl, la perseverante Vizcondesa fundó la doble Comunidad de señoras Adoratrices del Santísimo Sacramento, ó directoras, y de desamparadas, instalándolas el año 1855 en una casa de la calle de Atocha.

El nuevo Instituto fué aprobado por la Santidad de Pío IX en 23 de Septiembre de 1861, sólo por cinco años y como en calidad de observación, cuando contaba ya seis casas establecidas en Madrid, Zaragoza, Barcelona, Valencia, Burgos y Salamanca, aumentadas después con las de Santander, Avila, Pamplona, Bilbao y Granada, sustituida ésta por la de Logroño.

Las religiosas eligieron por Superiora general á la Vizcondesa; quien tomó el nombre de la Madre Sacramento, con autorización del Santo Padre, que aprobó nuevamente el instituto y sus reglas con carácter de perpetuidad el 24 de Noviembre de 1866, cuando ya había fallecido santamente del cólera morbo y víctima de la caridad, en Valencia, la fundadora, el 24 de Agosto de 1865, asistida en sus últimos momentos por el virtuoso P. de la Compañía de Jesús, D. Juan Bautista Vinader.

El Infante de España, D. Francisco de Borbón, en su calidad de Gran Castellán de Amposta, y el Cardenal Arzobispo D. Fray Manuel García Gil, cedieron á la Vizcondesa en Zaragoza el edificio é iglesia de la Orden de San Juan, conocido por San Juan de los Panetes, y en el cual, gracias á Dios y á un caritativo caballero zaragozano, las Madres

Adoratrices llenan el objeto principal de su Instituto, que es ante todo la rehabilitación de jóvenes extrañadas, por medio del cariño, la mansedumbre, el consejo, el trabajo y el buen ejemplo.

La Casa de Adoratrices y Colegio de desamparadas de Zaragoza cuenta 36 de las primeras y 85 de las segundas; habiéndose fundado hace 30 años con diez Hermanas que pasaron muchas privaciones, pues hubo ocasión que tuvieron que mantener á las recogidas exclusivamente con sopa, privándose las Hermanas de todo en favor de sus asiladas. Merced al eficaz auxilio de la caridad, las Adoratrices, siempre que logran encargos de labores, en las que son primorosas, pueden atender á las muchas obligaciones del Colegio de sus desamparadas; quienes se transforman de una manera maravillosa, convirtiéndose de toscas y mal educadas en admirables bordadoras y jóvenes virtuosas.

La Vizcondesa de Jorbalán se habrá reunido en la gloria celestial á otros santos canonizados por la Iglesia y entre los cuales está San Juan Caracciolo, que, al desavenirse con el famoso *Caballero de Gracia*, Jacobo de Gratis, compró una casa de perdición para edificar su primera iglesia y convento de Madrid, solar que ocupa hoy el Congreso de Diputados, según hace constar D. Vicente de la Fuente en una de las Memorias leídas en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, publicada en 1884.

MISIONES EN ÁFRICA

Hay noticias de las Misiones y trabajos apostólicos que la Congregación española de Hijos del Inmaculado Corazón de María verifican en las insalubres islas del golfo de Guina y en la costa de África. Cuatro años hace que la Congregación, secundando deseos de la Santa Sede y del Gobierno español, se dignó encargarse de la evangelización de aquellos infieles, súbditos de la Corona de España. Confiados los Misioneros en los auxilios divinos, sin tener en cuenta ni la escasez de personal de que disponen, por lo reciente de su institución, ni lo mortífero de aquel clima, ni la falta de comunicaciones con la Península, consultando sólo á su celo por la gloria de Dios y salvación de las almas, emprendieron con vigor y esfuerzo la realización de tan santa obra; y en el poco tiempo transcurrido, no sólo se han hecho dignos de padecer tribulaciones por el Señor, ya por carecer en ocasiones de los alimentos necesarios, ya por las pérdidas de individuos que á consecuencia de las fiebres perniciosas y otras enfermedades han experimentado, ya también por las persecuciones y peligros de mar y tierra á que repetidas veces se han visto expuestos; sino que han visto satisfactoriamente coronados sus esfuerzos, cosechando frutos de bendición.

Hasta hoy han establecido con el auxilio del Gobierno tres colegios en la isla de Fernando Póo, que son: Santa Isabel, San Carlos y La Concepción; uno en la isla de Corisco, otro en Elobey, otro en Annobón, y otro en Cabo San Juan, en la costa africana. En ellos se educan por término medio de 3 á 400 niños indígenas, á muchos de los cuales los mismos Misioneros han de vestir, alimentar y tener en su casa para evitar que vuelvan á su vida nómada y salvaje. Los habitantes de Corisco y Annobón han ingresado ya casi en su totalidad en el gremio de la Iglesia, y en la misma isla de Fernando Póo va prosperando la obra divina, desterrándose antiguas prevenciones, suavizando las costumbres salvajes y disponiendo los ánimos para que vayan entrando en la senda del bien. Si á esto se añade los muchos niños que reciben el bautismo, los hombres y mujeres que también lo piden en la hora de la muerte, se verá que los Misioneros del Inmaculado Corazón de María, reportan ya abundante fruto de su obra civilizadora.

CRÓNICA

Nuestro ilustre Prelado, continuando su pastoral visita, ha recorrido los pueblos del arciprestazgo de Colmenar Viejo. Desde Guadalix, última parroquia de Torrelaguna, se dirigió á Miraflores de la Sierra, siguiendo á Chozas de la Sierra, Manzanares el Real, Cereceda, Moralarzal, Becerril, Navacerrada, Cercedilla, Los Molinos, Collado-Mediano, Alpedrete, Collado-Villalba, Torrelodones y Hoyo de Manzanares, regresando á Colmenar Viejo.

En todas partes ha sido recibido el venerable Obispo, con inmenso júbilo por el pueblo, clero y corporaciones oficiales y religiosas.

En Torrelaguna había hecho su entrada, verdaderamente triunfal, á pie; y en aquel momento de alegría y entusiasmo general resonaron los acordes de la música, el estruendo de los cohetes y los tañidos de las campanas, que anunciaban á los habitantes de la cuna de Cisneros, penetraba en su ámbito por vez primera el egregio Prelado, Padre amoroso y Pastor de sus almas.

Vistas colgaduras adornaban los balcones de la entrada del magnífico templo gótico, cuya portada estaba revestida de verde follaje, adornada con pabellones de flores, escudos, trofeos y gallardetes, destacando en su fondo el retrato de cuerpo entero representando al inmortal Cisneros en el acto de presenciar la toma de Orán, coronado todo por una bella dedicatoria que decía: "*A su amado Prelado el clero y fieles de Torrelaguna.*" En su cúspide se hallaba pintada una orla de palmas, y en el centro las armas episcopales.

En el púlpito pronunció S. E. I. un discurso lleno de sabiduría y unción evangélica, en el que, con el valor probado durante su vida, combatió los vicios y errores dominantes, ensalzando las virtudes necesarias para la felicidad espiritual y temporal de las almas, finalizando el religioso acto con una solemne *Salve* á la Madre de Dios.

— Despachada favorablemente en Roma la súplica elevada al Sumo Pontífice por las autoridades religiosas, militares y civiles de Barcelona para la coronación canónica de la milagrosa imagen de Nuestra Señora de las Mercedes, la coronación se celebrará con solemnísimas fiestas en la iglesia de la Merced de aquella ciudad.

— Se ha puesto la primera piedra en el edificio de la Universidad católica de Washington. Los cimientos que han de sostener el grandioso edificio estaban decorados. Al lado de las banderas de todas las naciones figuraban las armas del Papa, con la inscripción siguiente: "*Viva León XIII.*" Las autoridades civiles y religiosas de la República; Cleveland al lado del Cardenal Gibbons, asistían al acto, que se inició con salmos, cantados por un coro de 200 voces. Entre las personas presentes se distinguía Miss Mary Caldwell, á cuya generosidad se debe en gran parte, la erección de la Universidad.

La primera piedra fué bendecida por el Cardenal Gibbons, y colocada por Mons. Keane, Obispo de Richmond; lleva la inscripción de 1888. Contenía en su cavidad un bote que encerraba diversos documentos, entre ellos la carta del Papa al Cardenal Gibbons del mes de Abril de 1887, aprobando el establecimiento de la Universidad, *The Catholic Directory*, de 1888, la Constitución de los Estados Unidos y los decretos del Concilio pleno de Baltimore de 1884.

Esta grandiosa obra se levantará con donativos de los católicos anglo-americanos. Dos parroquias de Filadelfia han contribuido con 480.000 pesetas; Baltimore y Washington han dado ya más de 750.000; Louisville, 50.000, y Chicago, 100.000; además se han recogido innumerables ofrendas particulares; los fondos se emplearán en dotar cátedras, de modo que puedan ser espléndidamente retribuidos los profesores, que por lo pronto serán buscados en Europa; pero, según deseos expresamente manifestados por León XIII, se procurará cuanto antes formar un plantel de jóvenes escogidos que un día puedan desempeñar las funciones universitarias.

La Universidad católica de Washington abrirá sus puertas en el mes de Noviembre de 1889; con la inauguración de tan bella obra, celebrarán nuestros hermanos de allende los mares el centenario del establecimiento de la jerarquía católica en los Estados Unidos por el nombramiento del primer Obispo católico, Mons. John Carrol, el amigo íntimo de Washington y de Franklin.

— Como resultado de los ejercicios á las plazas de pintores pensionados en Roma que simultáneamente se han verificado en la Academia de Bellas Artes desde 14 de Junio último hasta el 7 del actual, de los 31 opositores que se presentaron han sido aprobados los Sres. Garmelo, Simonet, Seguí, Blanco de Coris, Alvarez Dumont (D. César), Alvarez Dumont (D. Eugenio), Oliva, García Más y Ruiz Guerrero.

Los opositores cuyos trabajos no han merecido la aprobación del Jurado, fundándose en el carácter público del certamen, han solicitado que se expongan en la Academia.

— En el concurso celebrado para la ejecución de la estatua de Jovellanos, ha obtenido por unanimidad la elección de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, el modelo presentado por el escultor catalán, D. Manuel Fuxá.

— *Reglas de higiene para los baños.* — Son útiles los siguientes preceptos higiénicos, siempre que se haga uso de los baños.

Baños tibios. — (De limpieza.)

- 1.º Precisar la temperatura del agua.
- 2.º Disponer el baño en local al abrigo de toda corriente de aire.
- 3.º Emplear en el baño solamente el tiempo estrictamente necesario.
- 4.º Es conveniente terminarle con una afusión de agua fría.
- 5.º Cuidar de secar el cuerpo perfectamente.
- 6.º Permanecer tiempo después, al abrigo del aire.
- 7.º Equilibrar la temperatura interior con la exterior atmosférica, valiéndose de ropas, etc.
- 8.º Los baños tibios no deben usarse diariamente; es más saludable acostumbrarse al baño frío y corto diario, siempre que especiales circunstancias no lo impidan.

Baños fríos. — (Afusión, ducha de mar.)

- 1.º Debe tomarse cuando se traspire suavemente; perjudica enfriar el cuerpo antes de penetrar en estos baños.
- 2.º La impresión del baño debe ser general y rápida; la afusión y ducha, dirigiéndola desde la cabeza; la inmersión, penetrando en el agua de un solo golpe.
- 3.º Mientras dura el baño frío debe hacerse ejercicio, en la afusión y ducha, moviendo enérgicamente los miembros, golpeando con ellos suavemente el resto del cuerpo; en la inmersión, nadando.
- 4.º El baño frío por afusión y ducha, no debe tener más duración que de cinco á quince minutos lo que más.
- 5.º Después del baño frío es imprescindible provocar ó sostener la reacción; se consigue por medio del ejercicio, del abrigo ó de las fricciones, según los casos.
- 6.º Las reglas expresadas, tratando de los baños tibios, deben seguirse igualmente en los fríos; los baños calientes, como se administran siempre bajo la inspección facultativa, huelga señalar los preceptos de higiene que los comprenden.

— El martes último, recibió cristiana sepultura el maestro compositor de música D. Rafael Hernando, individuo de la Academia de Bellas Artes de San Fernando y profesor de armonía del Conservatorio. Era una de las más legítimas ilustraciones de su arte y contribuyó, como autor de la popular zarzuela *El duende*, á la creación de la opereta cómica española. Su carácter y prendas personales le hacían digno de la estimación de todos. ¡Dios le haya acogido en su seno!

— *La Veu del Montserrat*, ocupándose en la restauración de la Iglesia de Santa María de Ripoll, dice que el Sr. Conde del Valle de Marlés ha ofrecido costear uno de los altares del ábside; que lo mismo han prometido para otro altar los señores de Bach; y que la cofradía del Santo Cristo, establecida en el antiguo Monasterio, trabaja para reunir los fondos necesarios con que costear otro altar en que se venera la imagen del Señor Crucificado que se salvó milagrosamente del incendio.

Se van reuniendo fondos para la construcción del altar mayor. En las vidrieras de colores se colocarán los escudos de las principales familias que las han costeado.

Las obras se hallan muy adelantadas. La Iglesia queda cubierta del todo, y el cimborio, que ha de alcanzar sesenta y dos palmos de altura, va subiendo y produce bellísimo efecto sobre el ábside restaurado por completo. La escultura de los capiteles, que

costea el Sr. D. Fernando Puig, toca á su término.

— En Alemania se ha concebido el piadoso propósito de formar una Liga dirigida por un sacerdote, que tienda á impedir la difusión de los grabados y estampas obscenas.

— En el bazar de la Caridad, organizado para acudir en auxilio de los pobres de París, una Memoria da cuenta de los excelentes resultados obtenidos en las operaciones verificadas durante el año. Los ingresos han ascendido próximamente á medio millón de francos, habiendo tenido un aumento de ciento diez mil sobre los del año anterior. Al propio tiempo los miembros de la comisión que ha tenido á su cargo la Exposición á beneficio de la Obra de la hospitalidad nocturna, han conseguido un ingreso limpio de 26.000 francos, todo lo cual procura medios para que los pobres puedan comer más y mejor de lo que hubieran podido hacerlo sin estos recursos.

En Madrid ya se ha cerrado un *Asilo de la noche* y se ha suprimido la tienda Asilo de la calle de Jorge Juan. Las tiendas Asilo de Málaga han perdido, durante el mes de Junio.

— En Clairefontaine (Bélgica) se ha establecido una obra oportuna y necesaria. La sociedad de misioneros, canónicamente reconocida con el nombre de Congregación de San Pedro Claver, cuyo fin es el de proveer de sacerdotes á los europeos que van á establecerse en las dos Américas y en la Australia.

Establecida ya en Italia, á instancias del Soberano Pontífice, por el Obispo de Plasencia, Mons. Scalabrini, esta obra ha sido reclamada para Bélgica por los Obispos y personas de distinción justamente alarmadas, ante las proporciones que toma la emigración á los países del Norte.

La casa de Clairefontaine cuenta ya con un buen número de personas pertenecientes á diversas nacionalidades, pues recluta sus individuos por Francia, Italia, Inglaterra, España, Alemania y aun por América.

En Clairefontaine se instruye á los jóvenes que se preparan para el sacerdocio; se enseña la Teología, se forman sacerdotes para la vida de las misiones, y se recibe á los hermanos legos cuyo deber será enseñar el catecismo y servir al misionero. Como se ve, esta obra es grandemente útil para la emigración que dirige.

Gracias á ella, los emigrantes hallarán en América Cura, Iglesia, y escuela que los recuerde su infancia. En una palabra, hallarán á su propia patria.

La obra de San Pedro Claver, con el fin de darse á conocer, publica, á partir de Julio, un periódico titulado *Revista de la emigración*.

— Según refiere el periódico *El Mahónés*, dos granos de trigo han producido 84 espigas el uno y 66 el otro, habiéndose desarrollado y llegado todas á una perfecta granazón. Parece que el propietario remite esta extraordinaria muestra de fecundidad, á la Exposición universal de Barcelona.

NOTAS SUELTAS

En la vía pública:

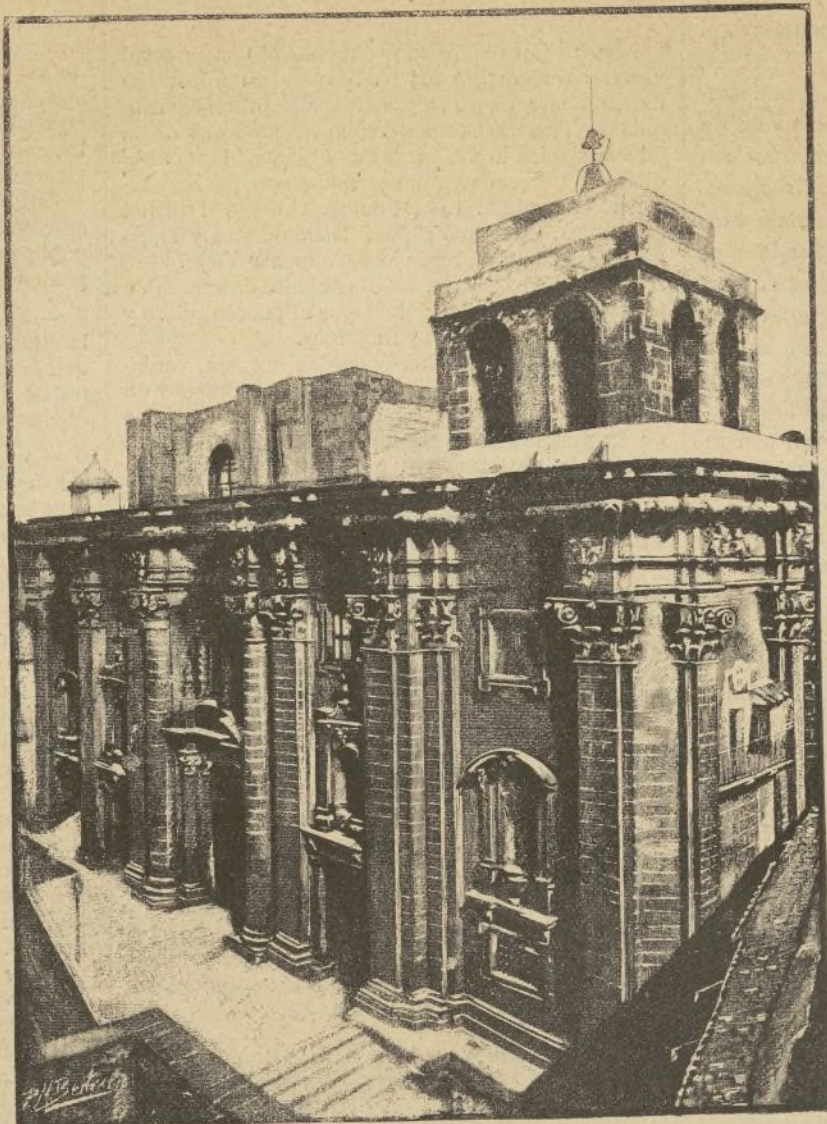
— Caballero, V. E., una limosna, por Dios, á este jornalero sin trabajo....

— Tampoco trabajo yo.

— Es que no he comido hace dos días....

El caballero le mira, reflexiona, y por último le da una moneda de dos céntimos.

— Vaya, tenga usted y no vuelva á pedir limosna.



EXTERIOR DE LA CATEDRAL DE TORTOSA,

POR P. M. BERTRÁN.

Un gomoso en el taller de sastre:

— Maestro, tómeme usted medida de pantalón negro.

El sastre se la toma, y añade:

— Ahora, tómeme la usted de pantalón rayado.

— Chica, estarás ahora muy bien; eres portera de esta casa y tu esposo portero de Hacienda.

— Cá, hija; todo anda tronado. Ya ves, él tenía diez reales diarios y por economías le rebajan á nueve.

— Claro: así sale el Gobierno de apuros.

El bueno de Jorge Rutler tenía una tienda de curiosidades antiguas y modernas en Viena. Frecuentemente la visitaba un señor extremadamente pálido; compraba alguna bagatela, y se divertía en jugar con los niños de Jorge. Por tal distracción, única que se permitía este sujeto, era conocido sin que se le preguntara su nombre. Una mañana, oyendo á Jorge recomendar á sus hijos el mayor silencio, supo que la Sra. Rutler acababa de dar á luz su duodécimo hijo, que era una hermosa niña.

— Jorge — dijo el desconocido — ¿tenéis padrino?

— Señor, padrinos nunca faltan á los ricos; pero yo soy pobre y no sé quien apadrinará mi recién nacida.

— Yo; y la pondremos el nombre de Gabriela.

— Como gustéis.

— Tomad cien florines para los gastos, yo no quiero ocuparme de nada. Aquí tenéis las señas de mi casa: me avisaréis cuando todo esté dispuesto.

— ¡Señor! ¿Cómo podré pagar vuestra bondad?

— Dejándome tocar este piano.

— Será honor para mí.

— Tengo una idea que buscaba para terminar una composición musical: si no la ensayo, temo olvidarla.

Rutler coloca un taburete cerca del piano: el huésped abre el instrumento, preludia y recorre el clave con mano maestra. La gente se detenía á la puerta de la tienda; el canto deleitaba hasta los pequeños niños de Rutler, y de tal manera conmovían los acentos de la música, que los circustantes quedaban asombrados. En el momento en que el pianista juzgó por sí mismo el efecto, tomó una hoja de papel, escribió algunas notas, se levantó más animado que de costumbre, y se despidió.

Era Mozart.

A los tres días, Rutler iba á la casa que se le había indicado, y se sobrecogió al ver un féretro á la puerta. Mozart ya no existía; al dejar la casa de Rutler, llegó á la suya, puso en limpio su improvisación, y respiró libremente, cual si saliera de una pesadilla. Dos meses luchaba inútilmente para terminar su *Requiem*, la obra que había de inmortalizarle, y sacando su inseparable Rosario, comenzó á rezar en acción de gracias, pues tanta confianza tenía en la Virgen, que, según escribía á su madre, «antes de estrenar sus obras, rezaba el Santo Rosario, para que fueran bien aceptadas.»

Rezado el Rosario, sintiéndose indispuerto, mandó buscar al médico y á un sacerdote; al tercer día, Mozart era cadáver, habiendo tenido la muerte del justo.

Jorge volvió á su casa sollozando, y contempló con acerbo dolor el piano que los curiosos admiraban, por haber puesto en él sus manos el príncipe de la música alemana.

La niña se bautizó con el nombre de Gabriela, y obtuvo una buena dote: el clave, vendido en 4.000 francos.

Un viudo en el cementerio:

Aquí descansa mi Blasa, yo también descanso en casa.

Un parroquiano, después de almorzar en el café cantante:

— Mozo, palillos.

— Se han suprimido.

— ¿Por qué?

— Toma, porque se limpiaban y se los llevaban.

«Cada latido del corazón es un segundo; por consiguiente da 60 cada minuto, 3.600 por hora y 86.400 al día. A cada latido del corazón, salen del ventrículo izquierdo 2 onzas de sangre para entrar en la grande arteria. En consecuencia, puesto que el corazón late 3.600 veces por hora, salen de él en este espacio de tiempo 7.200 onzas de sangre. Toda la sangre contenida en un cuerpo humano asciende, en lo regular, á 24 libras. Así, pues, dividiendo 600 por 25, resultará que toda la masa de sangre pasa por el corazón 25 veces por hora, y por consiguiente 600 al día.»

Esto leía Mochález á su novia, añadiendo:

— ¿Lo has comprendido? Por tí late mi corazón 86.400 veces al día: mueves mi sangre 600 veces cada uno y como ya va para rato que te quiero, calcula que lo menos ha palpitado mi corazón por tí, 150.752.000 veces.

Diógenes lavaba en un arroyo las legumbres con que había de alimentarse. Viólo Aristipo, y le dijo: — Si lograras entrar en la corte, necio, comerías mejor.

— Siervo, si tú te alimentases de esta manera, no tendrías que hacer la corte á los poderosos.

JABON REAL VIOLET JABON
DE THRIDACE único inventor VELOUTINE
Recomendados por autoridades médicas para higiene de la Piel y Belleza del Color.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5. — Teléfono 2.198.